**DECISIONES EPISTEMOLÓGICAS: ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL SUJETO EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL PSICOANÁLISIS**

**Noé de Jesús Pitalúa Portugal[[1]](#footnote-1)**

**RESUMEN:**

Este artículo propone una discusión acerca de las distintas aproximaciones sobre aquello que puede nombrarse como “sujeto”, “individuo”, “actor”, “agente”, “yo”, entre otros, en el campo de las ciencias sociales y en las ciencias “psi”, para comprender los matices, diferencias e implicaciones que ha tenido en la producción teórica. La problematización se funda en una advertencia epistemológica que enfatiza la necesidad de no perder de vista las condiciones de posibilidad del objeto con la finalidad de cuestionarse el modo de proceder metodológico, así como los límites necesarios entre algunas ciencias sociales y el psicoanálisis.

**Palabras clave:** epistemología, ciencias sociales, psicoanálisis, sujeto, inconsciente.

Tanto en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias sociales o humanas, no es sino a través de la construcción y reconocimiento de su objeto de estudio ––necesariamente producido mediante una serie de desarrollos y tensiones que apuntan a la variación–– que pueden emerger, sostenerse y formalizarse como disciplinas que pueden nombrarse científicas o que aspiran a tal.[[2]](#footnote-2) La producción de su especificidad le otorga un carácter necesario de distinción y delimitación de su propio campo. Desde luego, no resulta en una tarea ni sencilla, ni mucho menos inmediata. No es necesariamente una cuestión temporal cronológica o acumulativa, ni de personajes específicos[[3]](#footnote-3) *per se ––*sin anular el mérito, claro está, cuando corresponde.

Precisamente, la distinción entre las disciplinas ––al menos de aquellas que aparentemente hacen síntesis dentro del mismo campo, ocurre entre sí mismas, ya se trate de un asunto teórico o de método, pero también se dirige al interior, cuando sus métodos y conceptos logran ponerse en tensión ya sea por un cambio en lo real del objeto o frente a cierta dialéctica con otros campos del saber con los que comparte alguna afinidad, en última instancia, lógica.[[4]](#footnote-4)

En todo caso, se trata de rupturas epistemológicas, momentos lógicos de producción filosófica y teórica; rupturas que marcan una discontinuidad[[5]](#footnote-5) en el antes y el después de un conjunto de discursos “científicos”, que a partir de ese momento ya no se corresponden. Son acontecimientos de orden histórico que tienen amplio influjo sobre distintos ámbitos de producción de saber.

El problema que puede comenzar a advertirse tiene que ver con las condiciones de emergencia de la conceptualización dentro de cada disciplina o ciencia en el campo de las ciencias sociales, incluido el Psicoanálisis ––que, para fines prácticos, porque no habremos de problematizarlo, podemos ubicarlo allí. En estas disciplinas de “hechos negativos”, como recupera Capetillo[[6]](#footnote-6) a través de la sugerencia de ordenamiento dicotómico de Braunstein[[7]](#footnote-7), puede observarse que el trazo epistemológico descrito anteriormente es aplicable. La producción teórica y metodológica se tensa y avanza, en el mejor de los casos. Si no, se reproduce sin más ante las vicisitudes de su objeto, la historia, lo político-económico y lo propio de la subjetividad que se reproduce ante los mismos hechos que se producen como efecto de la materialidad, los hechos de la realidad social y psíquica: obstáculos epistemológicos, según describe Bachelard.[[8]](#footnote-8)

Si bien un primer aspecto susceptible de análisis son los modos en que se produce el discurso científico: la parte ideológica[[9]](#footnote-9) que debe superar para consolidarse en otro discurso que aspira a la formalización; que entre otras cosas puede lograrse ante la advertencia de su implicación material-histórica. Otra cuestión sustantiva que se desprende de ello, que es el objetivo de este análisis, es la pretensión ideológica de unificación y el efecto que produce la inadvertencia de “lo inconsciente” estructurado como un lenguaje.

No se señala que dicha unificación se trate de un proyecto declarado ––como en algún momento así fue encomendado[[10]](#footnote-10), es una construcción que parte del cuestionamiento por las características que se sostienen, sean estas advertidas o no, respecto de “aquello” que resulta ser, en términos “simples”––que no tiene nada de simple, ni en una disciplina ni en otra––, el “in-dividuo”, para no decir de inmediato el “sujeto” (que no es lo mismo), en las ciencias sociales que, como se señala al principio de este texto, no solo se nombra de distintas maneras, sino que se le puede presuponer algunas cualidades. Al menos, aquí se problematizará la cuestión de una atribución biológica consciencialista y esa otra materialidad, hecho negativo, el sujeto del inconsciente.

Para tal empresa, se propone a continuación una elaboración que comete el riesgo de producir una síntesis excesiva de algunos postulados teóricos para abstraer dicha noción que viene intentando encontrarse en sus equivalencias. Equivalencias que solo ocurren bajo la lógica si se piensa en un in-divido, sujeto, agente, que se perfila activo y consciente, ya sea que se produzca como efecto de dimensiones de orden sociológico o cultural o que en un ir y venir, también las construya. Si es posible sostener que se trata de cierta equivalencia en lo conceptual de este “sujeto”, no es por un orden teórico subyacente a cada una de las disciplinas en las ciencias sociales. Es por la conjetura de una presuposición ideológica sobre “aquello” (el Yo, por ejemplo) a lo que el sistema social ––el cuál sí es objeto de estas disciplinas, si se piensa en lo sociológico–– incluye como un efecto de su propio objeto, ya sea como una eyección o como “eso” que se produce en la interacción y que a su vez la genera y la reproduce, entre otras lógicas posibles que no van a agotarse en este escrito.

Aunque arriesgado, el propósito de esta “síntesis”, que es mejor dicho un breve recorrido, es demostrar epistemológicamente que las ciencias sociales que se mencionan aquí avanzan en su necesaria producción[[11]](#footnote-11) científica presuponiendo un sujeto consciente y que las veces que se considera que hay procesos inconscientes en la dinámica de lo social, no se trata de una problematización específicamente psicoanalítica. Desde luego, en ningún momento se puede tratar de una exigencia, pues no es ni su objeto y tampoco su interés, mucho menos su deber.

Esto revela cuando menos un par de problemas. El primero, una producción científica que se sostiene en una dimensión de individuo-ideológico de la que cabría pensar si este aspecto compromete en algún sentido a su disciplina o si por lo contrario su formalización ha quedado exenta de tal efecto. El segundo, la confianza del psicoanálisis en estas disciplinas compañeras de las ciencias sociales no puede ser acrítica respecto de esa dilucidación de lo social que sostiene en principio como causa, efecto o relación un “aquello” de carácter ideológico. Y es, precisamente, lo que hace que la producción de saber no transcurra sin efectos ante tal decisión.

Estos dos problemas parecen contradictorios, en principio, pero no lo son. Si se trata de dos discursos científicos ––conjeturales, digamos–– que apuntan a objetos diferentes, lo que ocurra en una disciplina o en otra, no necesariamente tendría que afectar al objeto de cualquiera de las dos. A menos que bajo un argumento de consistencia se decida que es necesario poner en tensión un concepto por efecto de una importación. Sin embargo, una disciplina como el psicoanálisis que reconoce lo problemático de su objeto ––el inconsciente–– en otras ciencias positivas y negativas, que se distingue radicalmente a partir de su descubrimiento, no se puede permitir el autoexilio del análisis de lo que su objeto implica en otros discursos sociales y “psi”, y de lo que, a su vez, esos “otros” discursos le representan y le implican. Sobre todo, cuando la denuncia ideológica se encuentra declarada hace décadas.

En cada una de las disciplinas que se mencionan a continuación, el significado que se produce en relación con los conceptos que le son afines tiende, necesariamente, a ser diferente. Incluso, un análisis histórico al modo de la “arqueología del saber” tendría la función de revelar los elementos específicos de sus continuidades y discontinuidades.[[12]](#footnote-12) La cuestión de la diferencia podría resultar obvia e indispensable si se considera que cada ciencia para pronunciarse tal debe especificar su objeto y método, para distinguirse de otras que a su vez establecen sus propias fronteras, pero es un aspecto que tiene sus dificultades a razón de pluralidades teóricas, escuelas y posiciones epistemológicas.

Mientras que para algunas disciplinas como la biología, la física o la química, su transformación implicó una positivación por medio de la lógica formal y la matematización que permitió establecer una serie de formalizaciones explicativas repercutiendo directamente sobre el estatuto de sus objetos,[[13]](#footnote-13) las disciplinas sociales, por su parte, lejos de carecer de objeto, tuvieron que ser aún más específicas para cultivar su propio terreno, un campo de distinción y disputa por la legitimación de la explicación de lo social y lo psicológico que no consiguió completamente su objetivo, ni siquiera por la pretensión de tomar distancia de la vieja filosofía.[[14]](#footnote-14)

En esa coyuntura, el desarrollo de las disciplinas sociales no encontró un límite para evidenciar sus fórmulas. Al contrario, la sociología de Emile Durkheim procuró establecer su objeto[[15]](#footnote-15) al distinguir de la psicología francesa ––y no del psicoanálisis, por cierto–– que de lo que se trataba en el análisis científico era del “hecho social”[[16]](#footnote-16); aquellas fuerzas coercitivas, independientes y externas al “individuo” ubicadas en la macroestructura, hechos materiales e inmateriales como la organización del territorio y las instituciones que se producirían en una relación de interdependencia[[17]](#footnote-17). Por su parte, Max Weber procuró establecer las pautas por las que los “actores sociales” actuarían de una manera u otra; la sociología comprensiva tomaría las más pequeñas “interacciones sociales”, bajo un individualismo metodológico, para extraer generalizaciones acerca de las sociedades modernas.[[18]](#footnote-18)

Es claro que sería un abuso sostener que estos clásicos son deudores, en una época temprana, de una explicación acerca del sujeto que involucran salvo que se trata en realidad de un objeto sociológico donde lo “psi” no es determinante más que para distinguirse. Sin embargo, la cuestión se complica porque puede pensarse que hay alguna idea de “sujeto” presupuesto. Pues bien, si el “hecho social” debe ser tratado como una “cosa”, volverlo objeto para develar sus leyes, el sujeto “moderno” no es otro que aquel subordinado a la estructura social en sus particularidades. No es, desde luego, el sujeto dividido entre burgués y proletariado, en función de los aspectos materiales de la lucha de clases que lo harían posible[[19]](#footnote-19), es su carácter de dependencia a las estructuras de la división del trabajo, las instituciones o el código penal que sanciona, al mismo tiempo que reconoce lo producido.

En todo caso, si para Durkheim se trata del “individuo” que está en presencia del hecho social por el hecho social, la especificidad del objeto para Weber, lo “microsocial” y su potencia para explicar la sociedad, implica que existe un “sujeto de la acción”, la acción desde la óptica del acto, sujeto que sostiene cierta responsabilidad sobre su acción y que atraviesa cierto proceso reflexivo para elegir, no es estructuralista. La interioridad importa a pesar de ser condicionada; condicionamiento interiorizado. Hermosa sutura de la continuidad acrítica de lo pre-supuesto y lo social.

En adelante, no se avanzará uno a uno precisando históricamente las producciones sociológicas y sus autores, pero no se puede evitar invocar algunos más en función de la lógica de “los sujetos” que se presupone en sus obras y así proponer, luego, **algunas decisiones**. La sociología norteamericana, por ejemplo, propuso la síntesis de ambas sociologías, pues tanto la estructura como la acción social podían ser integradas en una perspectiva funcionalista. Con el “sistema de acción social” Parsons[[20]](#footnote-20) sostuvo que la sociedad tiende a la satisfacción de sus propias necesidades a través de componentes estructurales y funcionales, se autorregula; la acción de los individuos es motivada por la máxima gratificación posible a modo de evitar el sufrimiento, pero no hay proceso histórico posible.

Con Luhmann[[21]](#footnote-21) la cuestión del funcionalismo se vuelve más radical, no así en cierto sentido la cuestión del sujeto. Para este autor, la realidad puede entenderse como sistemas que se interrelacionan. Un sistema físico, un sistema biológico. La acción vista en sus predecesores se sustituye por el concepto de *autopoiésis*, pues no es allí donde radica el análisis sistémico. Cuando se pregunta quien actúa, logra dar cuenta que la sociedad no se trata de hombres, sino de flujos comunicativos. Hay un orden que se produce adentro a través de códigos de comunicación y de procesos de diferenciación. Al hablar de sistema social se hace referencia al procesamiento de sentido, ordenar las cosas. Los múltiples sistemas posibles establecen comunicaciones; el sistema psíquico se relaciona con el sistema social.

El funcionalismo parsoniano no parece trastocar ninguna lógica extraña a la sociología, es otra forma de decir que lo sociológico corresponde a eso que pasa con la sociedad, que entre otras cosas posee individuos. Sin embargo, Luhmann advierte que del hombre no se trata ni por su relación con los hechos sociales. Por primera vez, de manera explícita parece no existir una síntesis, un corte, personificación. Coloca la cuestión en los flujos comunicativos. Pero de esto a decir que lo psíquico establece relación con el sistema social, haría falta más que un par de enunciados para comprobarlo. Cuestión más debatible cuando avanza sobre una psicología de la percepción; aquella que depende de las facultades activas de la conciencia. Allí sostiene que las significaciones no apelan a la totalidad, sino a una determinada sección del mundo: se inscriben en determinado horizonte de percepción.

Si el funcionalismo dominó durante los años cuarenta, dos décadas más tarde el pragmatismo vendría a cuestionar al “yo” como filtro del conocer, pues la duda cartesiana es abstracta y no se presenta: no hay duda voluntaria. En esta perspectiva, no se niega la duda, ella aparece en la acción. Sin embargo, ya no se trata de “acción y orden”; el pragmatismo que se dirige al interaccionismo simbólico apuesta por la relación entre “acción y consciencia”. Hay sutura entre ambos conceptos, la consciencia se vislumbra en sentido funcional con relación a la acción. El pragmatismo de los sesenta resalta que las situaciones del entorno no serían tan importantes como la acción interpersonal. Unos influyen a los otros. Ya no hay individuo, ahora se trata de actores influyendo a otros actores. Es la emergencia de la “intersubjetividad” frente al sujeto individual.[[22]](#footnote-22)

La advertencia metodológica es que en ningún momento podemos sostener que esto represente superación alguna, ni siquiera por cierto reconocimiento “débil” del empleo del símbolo en la comunicación y en la conformación de identidad. Es tan solo la síntesis de la imagen propia de la que habrá que presuponer, una vez más, su carácter procesual. El interaccionismo simbólico de los setenta con Blumer,[[23]](#footnote-23) tendría mayor carácter lapidario, pues de lo intrapsíquico no quiere saber. No hay tal cosa. El significado que las cosas tienen solo puede surgir en la interacción con otros en el seno de una cultura determinada. Todo bien. Ahora tendrían que decirnos: ¿quién es el otro para el otro y cómo precisamente funciona dicha producción de significados?

Dejemos de lado, por un momento, la problematización de esto en el interaccionismo simbólico y ya que se viene advirtiendo desde los orígenes que hay algo que decide, pensemos en las condiciones de posibilidad de ello a la luz de “otro” sujeto que se propone. Un postestructuralista como Giddens[[24]](#footnote-24) advierte que la relación entre sujeto y estructura es de ida y vuelta. La estructura otorga al sujeto un marco y, en ella, los sujetos tienen la posibilidad de accionar. Es lo que más adelante podrá nombrarse “*agencia*”. Es decir, el sujeto puede hacer las cosas y también puede hacerlas de otra manera. Incorporar el sentido sociológico de las cosas y conformar prácticas que se convierten en respuestas políticas. Y todo esto podrá producirse a razón de la cognoscibilidad. Hay prácticas sociales ordenadas en el espacio y el tiempo, pero también hay racionalización de las prácticas que los sujetos llevan a cabo.

Tomar las cosas de esta manera implicaría que solo puede decirse que se trata, nuevamente, como en el interaccionismo simbólico, de las prácticas conscientes. Sin embargo, particularmente, a esto se opone. Giddens[[25]](#footnote-25) habla de acciones irreflexivas, recupera los motivos inconscientes y con ello hace una crítica al interaccionismo simbólico. Reafirma la idea que hay acciones que no necesariamente son conscientes y establece una jerarquía de niveles en cuanto a la capacidad de reflexividad. ¿Pero cuál es ese carácter “inconsciente” que comienza a aparecer en ––desde–– lo sociológico?...

Claro que, es más fácil establecer algunas equivalencias por dentro del campo ––algunas sociologías–– que, por fuera de él, cuando menos en un sentido comparativo y estableciendo límites entre las categorías. Aunque no es la labor que se pretende aquí, la precisión sirve a los fines de la problemática de cuál sujeto para qué. Los paralelismos conceptuales entre Giddens y Bourdieu[[26]](#footnote-26), por ejemplo, los *habitus* en Bourdieu serían las practicas recurrentes en Giddens. Para este último, actúen o no actúen, los agentes generan una actividad transformadora. Para Bourdieu los *habitus* son un conjunto de disposiciones interiorizadas. Giddens habla de huellas mnémicas, lo que se registra en la memoria es lo que genera las prácticas recurrentes y que se vuelven permanentes.

Independientemente de los recursos a que se han apelado, el *habitus* como serie de prácticas integradas, incluso dentro de la personalidad, nos lleva a una cuestión que se viene arrastrando desde las teorías clásicas. Hay que recordar que la impronta de las estructuras culturales en la conducta individual de los sujetos es una preocupación constante analizada con cierto rigor en los autores. Sin embargo, aquí hay un poco más de claridad sobre la dicotomía de la acción y lo estructural. Aquí, la pregunta central es cómo ocurre el orden y cómo es posible el cambio social.

En este punto se detiene la convocatoria a los clásicos de la sociología reconociendo a su vez la deuda que aún queda con el análisis de aquellas otras síntesis que se encuentran entre el interaccionismo simbólico, la microsociología y el constructivismo de Goffman[[27]](#footnote-27), por pisar un terreno afín a la psicología que involucra las emociones y los aspectos cognitivos en el marco del “ritual” y que también tendríamos que ubicar críticamente por los mismos presupuestos que ya hemos señalado: ¿cuál sujeto, de que está hecho y cómo se juega frente a todo el saber social y psi?

Por otro lado, no se ocupará el mismo espacio para recopilar una serie de trabajos psicológicos que corresponden a la historia de la disciplina psicológica. En su lugar se recuperará algunas precisiones epistemológicas sobre el objeto psicológico. A parecer del autor, aunque esta sí tendría que ser una responsabilidad imperativa de dicha disciplina ––dar cuenta del objeto “sujeto” ––, corrió de alguna manera con la misma suerte que las otras disciplinas sociales. No es la falta de precisión, la medición es correcta, el problema vuelve a ser el qué. Con la noción de obstáculo epistemológico, Bachelard produce una serie de advertencias en el planteamiento del problema del conocimiento científico: ¿no vemos acaso allí que el primer sujeto presupuesto es el de quien escribe por mucho que pueda hacer valer su método para tomar distancia, incluso de sí mismo? Ese espíritu científico estará trastocado siempre por aquello posible que pudiera ser dicho pero que no lo está. Y que por no ser dicho de todas formas produce sus efectos: sus objetos, vale decir. Los sentidos y la experiencia engañan, las percepciones nunca son enteramente lo que parecen y, el sujeto nunca podrá encontrarse plenamente con el objeto.

Dice Canguilhem que frente a las preguntas del quién, el porqué y el cómo, está la pregunta del qué. Cuestión que debería de plantearse todavía con mayor rigor. El autor lo hace en términos de poder formular una historia de las ciencias, es precisamente un objeto que se encuentra advertido del carácter de las sucesiones y de los predecesores, pues no hay tal. Si tomamos por objeto psicológico al “pensamiento”, habría que ubicar primero su relación con el cerebro en una historia de la cultura, pues si hoy se llega a decir que se trata del órgano del pensamiento, no fueron otros que los filósofos de la Antigüedad quienes propusieron la sede. Entonces, encontramos a Hipócrates, Descartes, Cabanis, Gall, la frenología francesa y norteamericana, y posteriormente “la edad de oro de las localizaciones cerebrales” [[28]](#footnote-28), cuestión, por cierto, de la que habrá de desprenderse Freud, luego, no sin haber pretendido primero tal cosa.

Entonces, el cerebro me piensa… ¿al yo?, pero también se piensa, ¿a sí mismo? Se puede hablar, entonces, de un cerebro como computador y de un computador como cerebro, porque razona… calcula. Lo importante de esto es que se trata de la estrategia teórica: a partir de observaciones y experimentos realizados en cierto dominio de realidad se construye un modelo; y con ese modelo, se continúa afinando el conocimiento, como si se tratara de la realidad misma[[29]](#footnote-29).

Pero, a final de cuentas, la maquina no tiene aquello que Pascal llamó voluntad. Paradójicamente, a principios del siglo XX sería este el referente para pensar en términos de behavior y ver así la producción de la historia norteamericana de los fenómenos biológicos de adaptación al entorno. Entonces, la psicología es de los comportamientos, del condicionamiento pavloviano y luego skinneriano, es la psicología de las recompensas y castigos, se concluye para el hombre lo que se de en el animal, sin que necesariamente importe que el animal no tiene historia ni entorno cultural[[30]](#footnote-30).

Para Roudinesco[[31]](#footnote-31), Canguilhem no hace otra cosa que ser lapidario frente a la psicología al cuestionar su rigor, su ética y su control. Además, señala una ausencia de objeto que se apuntala en una búsqueda imposible de unidad apenas sostenida por un pacto de coexistencia pacífica, pero que solo tendría la función de ser una tecnología al servicio de una corporación sujeta al poder de instrumentos funcionarios. La instrumentalización va de la mano con el carácter imitativo y su recurrencia a modelos de inteligibilidad, de allí que no pueda desprenderse ni de la fisiología, ni de la medicina, o de la física en sentido externo, o como ciencias del sentido interno-antropológico, o de lo íntimo, donde cabría la psiquiatría y el psicoanálisis… y tampoco puede desprenderse de la biología como una ciencia del comportamiento.

Pero en todo esto, parece que el asunto del lenguaje tiene otros lugares. Vemos que en principio se le excluye necesariamente en términos de lo que produce, de su potencia. Allí donde cierta posición se cuestiona si de lo que se trata es de un mero aprendizaje, el lingüista primero, y el psicoanalista después, nos dicen que habría un plus a considerar por los efectos de aquello que se somete a sus propias reglas. Es, nuevamente, la necesidad de reintroducir el qué para una problematización del objeto psicológico, psicoanalítico. Se trata de un tiempo de producción donde la misma crítica de Canguilhem puede aplicarse al psicoanálisis por su diversificación y diseminación, como lo es naturalmente en un mundo cambiante, pero que comienza a trastabillar por su armadura conceptual. No es un asunto de teoría vieja, no es la pérdida de un objeto, hay inconsciente, hay clínica, hay malestar, hay síntomas. No es necesario que responda a los mecanismos críticos del positivismo, pero tampoco hay razón para volverse laxo y dejar de precisar el rigor lógico.

Como puede advertirse, no es una apuesta por recaer sobre algunos objetos sociológicos, a pesar de su potencia, o confiar en el refinamiento hacia el futuro del objeto de la psicología, como si los objetos de las disciplinas pudiesen plantearse como equivalentes en la misma cadena por yuxtaposición de efectos, dijera Braunstein.[[32]](#footnote-32) Es necesario ubicar al sujeto del inconsciente en una lógica precisa que permita su articulación con aquello que bien describe la teoría social. Sí, es verdad que aparecemos dentro y a través de formaciones discursivas específicas e históricamente situadas, también es cierto que hay mecanismos de socialización, de distinción, incorporación, de reflexividad, o mejor aún, porque resulta más afín, de interpelación. La cuestión posiblemente aún más problemática es: ¿por qué algo así se puede producir? ¿por qué podemos aceptar ciertos mandatos que someten a otras discursividades? O, ¿por qué podemos resistirlo y hacer otra cosa con ello? ¿En todo esto qué tiene que ver el deseo?

¿Cómo establecer las diferencias entre aquello que podemos nombrar “conciencia” y eso otro que constituye y, regularmente, queda opacado o inadvertido en el discurso común de las “ciencias”, digamos sociales? Braunstein en “*Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis”[[33]](#footnote-33)* establece una ruta económica para ubicar cada cosa en su lugar. El terreno de la Psicología ha sido el de la conciencia, aún con todas las dificultades que entraña para establecer lo que significa. Si ante todo, como bien dice, arbitrariamente se sostiene que se trata del “Yo pienso”, habrá que ver de qué, precisamente, está compuesto. No es la biología, o mejor dicho el cuerpo, el cerebro, donde radica el motor que echa a andar una subjetividad, aunque más no pueda hacer sin ello, pero tampoco puede ser la macroestructura económica en la determinación de sus mecanismos de producción. Forzosamente, como en un rompecabezas, para entender un modelo asequible de una subjetividad que se distancie de una teoría subjetiva, hay que introducir las piezas con cuidado.

Los aparatos ideológicos del Estado, tal como se recupera de Althusser[[34]](#footnote-34), son fundamentales en el proceso de interpelación. Es que los sujetos para ser tales, a secas, necesariamente han tenido que someterse al decir de la cultura, de las formaciones sociales, y venir a ocupar esos lugares a condición de que sean llamados. Es, más bien, una garantía de la que pocos se salvan. Todos estos mecanismos sociales crean la ilusión unificadora en un cuerpo que podría ser garante de su propia autonomía, se trata de un nombre que aparentemente puede sostener un discurso para dar cuenta tanto de lo externo como de lo interno. En el exterior, es el reconocimiento de lo ya instituido, de las instituciones que garantizan la armazón social, en el interior, es la fundamentación de “quién ––consciencia–– soy” a razón de lo que represento para un tú que me interpela como yo.

Lo que la ideología encubre, allí donde los sujetos se identifican con el modelo tipo ideal que funciona para la reproducción de las relaciones de producción, es la vía regia de la formación del capital y su continuidad; pero también oculta que son esas mismas relaciones de producción las que autorizan al individuo para que pueda asumirse autor de su discurso, claro está, bajo el influjo de la represión de lo inconsciente. Es decir, hay un lugar donde lo indecible ocupa “un lugar” preponderante sobre lo ya dicho, aunque de ello no se sepa o no quiera saberse.

Pues bien, ¿cómo decir algo más? Ante todo, es imperativo el reconocimiento del inconsciente estructurado como un lenguaje, en su condición de transindividual que falta a la disposición del sujeto para reestablecer la continuidad de su discurso consciente. Es el desplazamiento que origina Lacan, una ruptura epistemológica que ubica al psicoanálisis en el terreno de las ciencias conjeturales. Y, en adelante, dar toda la potencia a que toda actividad del psicoanálisis transcurre en el campo del lenguaje.

Por su parte “sujeto” solo “es” a condición de la estructura. Pero, ¿cuál es esta? En principio, no es biológica. La estructura es social, anterior y más allá de la dialéctica. El modelo que ilustra mejor es la banda de Moebius. El referente sujeto se particulariza por ser el único referente que habla, y solo por su práctica discursiva se puede distinguir del resto de los objetos. Es un objeto teórico que no debe confundirse con el objeto real. La enajenación en tal empresa, es un obstáculo epistemológico. Sin planes de unificación, lengua, ideología e inconsciente son al menos tres de los polos que se permiten teorizar o, cuando menos, establecer un lugar al sujeto como objeto real, como efecto significante.

Eso que habla, de lo que hay que dar cuenta cómo lo logra, presupone la presencia de un polo que puede nombrarse, por un lado, individuo y, por otro, sociedad. Sin embargo, hay que problematizar, porque los objetos teóricos “inconsciente, lengua e ideología” se disuelven y ocultan su propia constitución. Una solución es tomar la categoría sujeto más allá de toda referencia empírica e ideológica que parta de una psicología o una sociología y tratar al inconsciente lacaniano como “el discurso del Otro”.

Ese “algo más”, dicho lo anterior, está conformado por la materialidad del lenguaje y en función de la represión, que es aquello que el sujeto no puede integrar de su historia y su ser en la cadena discursiva por la que se hace representar y aspira a ser reconocido por el otro. Su reconocimiento es por los efectos materiales, de las irrupciones sintomáticas en la superficie del discurso consciente. Este decir solo puede ocurrir porque parte de una estructura simbólica transindividual, del Otro, que ubica al sujeto en un sitio de esa secuencia significante, del discurso.

**REFERENCIAS**

Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva visión. Buenos Aires. 1988.

Bachelard, G. (1948). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. 2000.

Braunstein, N., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F. (1975). *Psicología: ideología y ciencia*. México: Siglo XXI Editores.

Braunstein, N. (1980). *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina.

Braunstein, N. (2016). *Ciencias de la positividad y ciencias de la negatividad*. A 40 años de Psicología: ideología y ciencia (1975-2015), Teoría y Crítica de la Psicología, (8) 193-211.

Bourdieu, P. (1979). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.

Canguilhem, G. (1968). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Amorrortu editores, Buenos Aires-Madrid. 2009.

Canguilhem, G., & Palau C., L. (1994). *El cerebro y el pensamiento*. En “Sociología” Revista de la Facultad de Sociología de Unaula, (17), 13-24. Recuperado de https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/sociologiaUNAULA/article/view/826

Capetillo, J. (2023). *De la dicotomía naturaleza vs. espíritu a la de hechos positivos vs. hechos negativos.* En: Revista Psicoanalítica, (14). Recuperado de: psicoanalítica.uv.mx

Durkheim, E. (1893). *La división del trabajo social*. Colofón, México. 2007.

Durkheim, E. (1895). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de cultura económica, México. 2001.

Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. Siglo XXI editores, México.

Giddens, A. (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.* Amorrortu editores, Buenos Aires. 2003. Pp. 39-70 y 193-234.

Goffmann, E. (1979). *Relaciones en público*, Alianza Editorial. Madrid.

Joas, H. y Knöbl, W. (2011), *Teoría social*. Ediciones Akal, Madrid.

Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. Ediciones Herder. México.

Parsons, T (1968), *La estructura de la acción social*. Madrid, Guadarrama, 1984.

Roudinesco, E. (1992). *"Situation d’un texte: Qu’est-ce que la Psychologie?"*, en VVAA, Georges Canguilhem. Actas du Colloque, París, Albin Michel.

Marx, K. (1867), *El capital,* t. 1. Fondo de Cultura Económica. México, 1986.

Merton, R. (2002). *La división del trabajo social de Durkheim*. Revista española de investigaciones sociológicas. 99. 201-209. [1934] Recuperado de Redalyc.og.

Weber, M. (1922). *Economía y Sociedad*. Fondo de cultura económica. España. 2002.

1. Psicoanalista. Licenciado en Psicología y Maestro en Ciencias Sociales por la Universidad Veracruzana. Doctorante en el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana. Correo electrónico: gnrs\_lies@hotmail.com [↑](#footnote-ref-1)
2. *Cfr*. Bachelard, G. (1948). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. 2000. [↑](#footnote-ref-2)
3. *Cfr*. Canguilhem, G. (1968). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Amorrortu editores, Buenos Aires-Madrid. 2009. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Cfr*. Braunstein, N. (1980). *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. [↑](#footnote-ref-4)
5. *Cfr*. Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber.* Siglo XXI editores, México. [↑](#footnote-ref-5)
6. *Cfr*. Capetillo, J. *De la dicotomía naturaleza vs. espíritu a la de hechos positivos vs. hechos negativos*. Revista Psicoanalítica, (14). Recuperado de: psicoanalítica.uv.mx. El autor sostiene que Braunstein (2016) sugirió “una propuesta de ordenación entre ciencias positivas y ciencias negativas”. En tanto solo hay ciencias materiales, hay materialidad de las ciencias naturales y materialidad de hechos que no se reducen al cálculo, ciencias de la negatividad; conjeturales. [↑](#footnote-ref-6)
7. *Cfr*. Braunstein, N. (2016). *Ciencias de la positividad y ciencias de la negatividad. A 40 años de Psicología: ideología y ciencia (1975-2015)*, Teoría y Crítica de la Psicología, (8) 193-211. [↑](#footnote-ref-7)
8. *Cfr*. Bachelard, G. (1948). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. 2000. [↑](#footnote-ref-8)
9. *Cfr.* Braunstein, N., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F. (1975). *Psicología: ideología y ciencia.* México: Siglo XXI Editores. [↑](#footnote-ref-9)
10. *Cfr*. Roudinesco, E. (1992). "*Situation d’un texte: Qu’est-ce que la Psychologie?"*, en VVAA, Georges Canguilhem. Actas du Colloque, París, Albin Michel. Véase la referencia al “encargo” de unificación que se propone con Daniel Lagache. [↑](#footnote-ref-10)
11. Esto debe tomarse a la letra, puesto que en ningún momento se plantea que se trate de un saber que no sea importante y que carezca de rigor. Desde la perspectiva que se sostiene en este artículo, la distinción no apunta a sostener una autoridad que limite a las disciplinas en su quehacer y cómo lo hacen. [↑](#footnote-ref-11)
12. *Cfr*. Foucault, M. (1970). La arqueología del saber. Siglo XXI editores, México. [↑](#footnote-ref-12)
13. *Cfr.* Bachelard, G. (1948). La formación del espíritu científico. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. 2000. [↑](#footnote-ref-13)
14. *Cfr*. Canguilhem, G. (1968). *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*. Amorrortu editores, Buenos Aires-Madrid. 2009. [↑](#footnote-ref-14)
15. *Cfr*. Durkheim, E. (1895). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de cultura económica, México. 2001. [↑](#footnote-ref-15)
16. *Cfr*. Durkheim, E. (1893). *La división del trabajo social*. Colofón, México. 2007. [↑](#footnote-ref-16)
17. *Cfr.* Merton, R. (2002). *La división del trabajo social de Durkheim*. Revista española de investigaciones sociológicas. 99. 201-209. [1934] Recuperado de Redalyc.og. [↑](#footnote-ref-17)
18. Weber, M. (1922). *Economía y Sociedad*. Fondo de cultura económica. España. 2002. [↑](#footnote-ref-18)
19. Marx, K. (1867). *El capital, t. 1* Fondo de Cultura Económica. México, 1986. [↑](#footnote-ref-19)
20. Parsons, T (1968), *La estructura de la acción social*. Madrid, Guadarrama, 1984. [↑](#footnote-ref-20)
21. Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. Ediciones Herder. México. [↑](#footnote-ref-21)
22. Joas, H. y Knöbl, W. (2011), *Teoría social*. Ediciones Akal, Madrid. Pp. pp. 127-152. [↑](#footnote-ref-22)
23. *Ibid.* [↑](#footnote-ref-23)
24. Giddens, A. (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu editores, Buenos Aires. 2003. Pp. 39-70 y 193-234. [↑](#footnote-ref-24)
25. *Ibid.* [↑](#footnote-ref-25)
26. Bourdieu, P. (1979). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid. [↑](#footnote-ref-26)
27. Goffmann, E. (1979). *Relaciones en público*, Alianza Editorial. Madrid. [↑](#footnote-ref-27)
28. Canguilhem, G., & Palau C., L. (1994). *El cerebro y el pensamiento*. En “Sociología” Revista de la Facultad de Sociología de Unaula, (17), 13-24. Recuperado de https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/sociologiaUNAULA/article/view/826 [↑](#footnote-ref-28)
29. *Ibid*. [↑](#footnote-ref-29)
30. *Ibid*. [↑](#footnote-ref-30)
31. *Cfr*. Roudinesco, E. (1992). "*Situation d’un texte: Qu’est-ce que la Psychologie?"*, en VVAA, Georges Canguilhem. Actas du Colloque, París, Albin Michel. [↑](#footnote-ref-31)
32. Braunstein, N. (1980). *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis*. Siglo XXI editores, Buenos Aires, Argentina. [↑](#footnote-ref-32)
33. *Ibid*. [↑](#footnote-ref-33)
34. Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva visión. Buenos Aires. 1988. [↑](#footnote-ref-34)